

las primeras inteligencias. A unas almas de aire ó de fuego, juzgaban no podía convenir un bautismo de agua; por lo cual reprobaban este Sacramento valiéndose para ello de aquellas palabras de San Juan: *el os bautizará por el espíritu y por el fuego*. Decían también que este mundo era el infierno, y que no había otra resurrección que la generación natural.

Tantas impiedades y delirios animaron el celo de los hombres piadosos y sabios, capaces de impedir los progresos de la seducción. Es verosímil que la Epístola de San Dionisio, obispo de Corinto, dirigida á la iglesia de Amastris en Paflagonia, la debamos á la heregia de los montanistas y al deseo de precaver las consecuencias de su engañoso rigorismo. Exhorta en ella á los obispos del Ponto, del cual era parte la Paflagonia en aquel tiempo, á que reciban con benignidad á todos los pecadores que quieran hacer penitencia; y en otra carta procura participar la dulzura de su espíritu á San Pinito, obispo de Gnoso en la isla de Creta. No concordaban del todo en las consecuencias que inferían de unos mismos principios estos dos grandes hombres, aunque muy elocuentes y muy sabios. Respondióle Pinito, y despues de mostrar el aprecio que hacia de San Dionisio y de su carta, le ruega por su parte que suministre á su pueblo un manjar mas sólido con la instrucción de las máximas de una perfección mas elevada; pues temia que si le administraba por mucho tiempo la leche de la indulgencia, no saldria jamás de su infancia espiritual. La Providencia, que ha hecho tributar un culto público á estos dos Santos, ha querido recomendarnos con esto así la sabia dulzura que teme autorizar la austera hipocresía de los hereges, como el celo que ansía la práctica de las virtudes eminentes por temor de faltar en las necesarias y obligatorias. Son diversos ca-

minos, pero el uno y el otro tienen por guía al Espíritu de Dios, siempre que se contengan dentro de los límites señalados por la Iglesia.

San Dionisio escribió de un modo igualmente edificativo, no solo á los fieles de Gortina y á las iglesias de Lacedemonia y Atenas, que debían ser el objeto propio y directo del celo de un obispo de Corinto como metropolitano de Acaya, de cuya preeminencia gozaba sin duda alguna ya por entonces; sino que también empleó su pluma en precaver contra los errores de Marción á los fieles de Nicomedia, ciudad capital de Bitinia, y una de las mas importantes por su ventajosa situación, en la que establecieron los emperadores su residencia en el siglo siguiente. Dirigió finalmente S. Dionisio á los romanos y al Sumo Pontífice San Sotero la sétima de sus Epístolas llamadas Católicas, para distinguir las de una carta particular escrita á su hermana Santa Crisóstora. A San Sotero le daba las gracias por las limosnas que había enviado á los corintios, y por la instrucción pastoral que las acompañaba, instrucción que San Dionisio comparó á la carta que en otro tiempo recibieron del Papa San Clemente, y dice que nunca se acabará la veneración que se profesa á estos dos monumentos respetables. El santo obispo de Corinto se quejaba también amargamente de que los hereges alteraban sus escritos para apoyar sus errores, lo cual prueba la reputación que tenían en la Iglesia tanto aquellas obras como su autor. Dice San Jerónimo que demostró, con tanta erudición como elocuencia, de qué filósofos había bebido su veneno cada uno de los hereges; y de paso puede también advertirse aquí de dónde sacan el suyo los incrédulos que hoy se glorían con el mismo nombre de filósofos. Hé aquí el fruto que deben coger los verdaderos fieles de la lectura de tantos errores y absurdos, que sería muy fastidiosa

si no se la considerara bajo este punto de vista.

No adquirió menos lustre San Meliton, obispo de Sardis en Asia, por una multitud de escritos de los cuales por desgracia solo existen algunos fragmentos. Compuso un catálogo de los libros sagrados, que es el primero que se halla en los escritores eclesiásticos; catálogo exacto en cuanto al objeto que se proponía el autor, que era dar á conocer á los cristianos de su tiempo cuál era el cánon de los judíos, mas no el de las diferentes iglesias con relación á los libros del antiguo Testamento. Meliton escribió al emperador en defensa de los fieles contra los movimientos tumultuosos de los pueblos, que sin órdenes positivas sacrificaban muchas veces una infinidad de mártires. En este escrito reclama la humanidad y sabiduría de Marco Aurelio en favor de una porción tan estimable de sus súbditos, cuales eran los sinceros adoradores del verdadero Dios; y le recuerda que entre los príncipes de Roma solo dos tiranos odiosos, Nerón y Domiciano, habían promulgado edictos contra la Religión cristiana.

Por este mismo tiempo escribieron nuevas apologías del cristianismo Apolinar, obispo de Jerápolis en Frigia, y Atenágoras, siendo mas célebre la de Atenágoras. Era Atenágoras un sabio ateniense, que como otros muchos despues de haber estudiado la filosofía se había hecho cristiano, y se aprovechó de la fama que había adquirido con sus talentos para hacer recomendables las virtudes del cristianismo no obstante las mas atroces calumnias. Esta apología y el célebre tratado del mismo autor sobre la resurrección de los muertos demuestran su gran penetración y talento, pues allí se descubre una elocuencia noble y una erudición muy oportuna, y se ven esplicados con tanta exactitud como solidez nuestros mas sublimes misterios.

Ignoramos si estos escritos tan convincentes hicieron la debida impresión en el ánimo del emperador; pero pocos años despues ocurrió un lance singular y maravilloso, cuyos efectos fueron bien notorios. Hacia Marco Aurelio la guerra á los germanos y sármatas; y los quados, que eran una de estas naciones, le obligaron á retirarse á los montes áridos de la Bohemia, donde se encontró su ejército como bloqueado, en tiempo de un calor insoportable, y en el mayor peligro de perecer de sed (1). Había en el ejército romano muchos cristianos, los mas de ellos de Melitina en Armenia ó sus cercanías, y se pusieron en oración, á vista del enemigo que los observaba y que juzgó era este el momento favorable de dar la batalla: pero en breve mudó de parecer, porque cubriéndose de nubes el cielo principió á caer una lluvia abundante sobre los romanos, al paso que descargaba sobre los bárbaros un tan fuertísimo pedrisco junto con un sinnúmero de rayos, que causó el mayor estrago en sus filas pereciendo escuadrones enteros. La turbación y el espanto hicieron se pasasen muchos á los romanos; por manera que el ejército bárbaro quedó enteramente deshecho. Todos sin escepción miraron como milagroso este suceso; y para eternizar su memoria se levantó el magnífico monumento de la columna Antoniana, que todavía dura, y en cuyo relieve se ve esculpida esta historia. Es verdad que el vulgo atribuyó el prodigio á sus falsos dioses; pero Marco Aurelio, mas justo, concedió á la legión Melitina, que había conseguido este favor del cielo, el nombre de legión fulminante, y en las cartas que escribió al Senado, y que existían en tiempo de Tertuliano, decía expresamente que tan singular beneficio era de-

(1) Dion. Cas. *Epit. in Mar. Aurel. Euseb. Chron.* an 174.

bido á las oraciones de los cristianos. Mandó pues con el mayor rigor que no se delatase á los secuaces de la Religión cristiana.

Pero esto no impidió que tres años después se levantasen contra los fieles varias conmociones populares en algunas provincias del imperio, especialmente en las Galias, donde ya en aquel tiempo habia iglesias muy florecientes. Los discípulos de los Apóstoles habian predicado allí el Evangelio en el primer siglo; pues no es creible que unas regiones tan hermosas é inmediatas á la Italia, donde se habia establecido la Cátedra Pontificia, no hubiesen escitado el celo de Pedro, que enviaba operarios á todas partes. Debe presumirse lo mismo de la actividad del Doctor de las naciones que tan fielmente auxiliaba al Príncipe de los Apóstoles. Aunque San Epifanio asegura terminantemente que los discípulos de San Pablo, y entre otros Crescencio y Lucas, esparcieron la divina semilla por el pais de los galos, lo cual no puede entenderse de la Galia Cisalpina que ya carecia de este nombre en tiempo de San Epifanio, ni de las colonias asiáticas de los galos, como él dice bien claramente, lo mismo que Teodoro.

San Crescencio fué el primer obispo de Viena, segun la respetable tradicion de esta Iglesia, en la que no se notan anacronismos, ni contradicciones, ni hechos desmentidos por los monumentos mas seguros, ni contiene cosa alguna increíble y que no lleve consigo el sello de la venerable antigüedad. No hay tampoco motivo para dudar de la mision de San Trófilo á las Galias, donde le envió San Pedro, y donde fundó la Iglesia de Arlés, aun antes que la de Viena. Sabe toda la Galia, decian los obispos sufragáneos de esta primera Silla escribiendo al Papa San Leon, y no lo ignora la Iglesia romana, que Arlés mereció recibir del Príncipe de los Apóstoles á San Trófilo por su obis-

po, y que de esta ilustre ciudad se difundió el don de la fé á las demas provincias.

Hé aquí todo lo que consta con certidumbre sobre la primitiva antigüedad del cristianismo en las Galias (a); aunque no por esto

(a) «Por lo que hace á la primera introduccion del cristianismo en las Gaulas, dice Rohrbacher (*Hist. univ. de la Igles. cat.* t. 4, p. 476), han variado en Francia las opiniones de dos siglos á esta parte. Hasta entonces se habia creído, como se creia en todas partes, que el cristianismo habia sido predicado en la Gaula meridional por San Lázaro, primer obispo de Marsella; por sus dos hermanas, santa Marta y Santa Maria Magdalena; y por San Maximino, uno de los setenta y dos discípulos, primer obispo de Aix: que en tiempo del emperador Claudio, San Pedro habia enviado á las Galias, acompañados de otros misioneros, los siete obispos siguientes: Trófilo, de Arlés; Pablo, de Narbona; Marcial, de Limoges; Austremonio, de Clermont; Gaciano, de Tours; y Valero, de Tréveris: que el Papa Clemente, tercer sucesor de San Pedro, envió á Dionisio el Areopagita, primer obispo de Paris.—Por otra parte, San Epifanio (*Hær.* 51) dice que San Lucas predicó en Dalmacia, en la Gaula, en Italia, pero principalmente en la Gaula. El mismo Padre dice ademas en el mismo lugar que San Crescencio, discípulo de San Pablo, vino á predicar á la Gaula y que es un error aplicar á la Galacia lo que acerca de esto dice el Apóstol en su segunda carta á Timoteo. Tambien San Isidoro de Sevilla (*De vita et morte Sanctor.*, c. 74) cuenta al Apóstol S. Felipe entre los que predicaron en las Gaulas. Así que desde el año 190, San Ireneo de Lyon (*lib.* 1, c. 3) probaba la verdad de la fé católica por la unanimidad de la tradicion en todas las iglesias del mundo, entre las cuales pone las iglesias convertidas entre los celtas ó galos. Algunos años despues Tertuliano decia (*adv. Jud.* c. 7) á los judíos, que las diferentes naciones de las Gaulas se habian sometido á Cristo con lo demas del universo. Las diferentes naciones de las Gaulas son las cuatro provincias en que Augusto las habia dividido: Narbona, Lyon, Bélgica, Aquitania. Esta, pues, era la antigua tradicion de dentro y fuera del pais acerca de la primera introduccion del cristianismo en las Gaulas.—Pero á fines del siglo xvii, á consecuencia y por la autoridad de Launoy, doctor sospechoso y temerario, algunos escritores mas ó menos inficionados de jansenismo, haciéndose eco unos de otros, dijeron y sostuvieron que esta antigua y comun tradicion acerca de la primera introduccion del cristianismo en las Gaulas era falsa é inventada en el siglo x. Y no faltaron tampoco algunos católicos que sin detenerse á examinar mas despacio este punto, repitieron lo que oian decir, y al fin esta llegó á ser la opinion dominante en Francia. Empezóse á mudar la tradicion de los Breviarios y Misales, así en Paris como en las demas diócesis. Santa Maria Magdalena no fué ya una misma y sola persona; la dividieron en tres, la muger pecadora y penitente; Maria, hermana de Lázaro; y por último, Maria Magdalena, de la que el Salvador habia espeido siete demonios. Declararon que ni Lázaro ni sus dos hermanas habian estado en Provenza. Se retrasó mas de dos siglos la mision apos-

se pretende afirmar que solo en las dos provincias de Arlés y de Viena se predicase el Evangelio durante el primer siglo. Dicen los mejores autores que en esta primera edad fueron muy lentos sus progresos entre los galos, lo cual supone que á lo menos habia sido anunciado.

Habia ya en tiempo de San Ireneo, segun asegura este ilustre doctor, muchas iglesias establecidas entre los celtas y en las dos Bélgicas; pero antes del ter-

tulo de los siete primeros obispos. Y todo esto, porque ese era el parecer de Launoy y de sus iguales, que seguian poco mas ó menos la marcha de Lutero y de Calvino. Sin embargo, la Iglesia romana, así en su Breviario como en su Misal, así en su Martirologio como en sus mas recomendables escritores, conservaba la antigua tradicion que tan honorifica era para la Francia.—Mas ahora, en 1848, un sacerdote francés, el abate Faillon, de la Congregacion de San Sulpicio, acaba de demostrar con una multitud de documentos, ineditos ó poco conocidos, que la Iglesia romana tenia razon, y que los liturgistas franceses hicieron muy mal en cambiar tan precipitadamente su liturgia y antigua tradicion por invidiosos de autoridades y de argumentos mas débiles los unos que los otros.»

Rohrbacher hace en seguida un resumen de la citada obra del abate Faillon, titulada «Montamentos ineditos acerca del apostolado de Santa Maria Magdalena en Provenza, y acerca de los demas Apóstoles de este pais San Lázaro, San Maximino, Santa Marta, Santas Maria Jacobe y Salomé;» y concluye: «A vista de todo esto, parécenos como suficientemente probado: 1.º Que San Dionisio, obispo de Paris, fué enviado á las Gaulas por el Papa San Clemente; 2.º Que San Trófilo, primer obispo de Arlés, fué enviado á ellas con otros muchos por San Pedro; 3.º Que los Santos Lázaro, Marta y Maria Magdalena, con San Maximino, uno de los setenta y dos discípulos, han sido los Apóstoles de la Provenza; san Lázaro, primer obispo de Marsella, y San Maximino, primer obispo de Aix; 4.º Que Santa Maria Magdalena, la pecadora penitente, y Maria, hermana de Lázaro, son una misma y sola persona.»—En el tomo 5 de su *Historia* trata Rohrbacher con alguna mas estension acerca de si San Dionisio Areopagita es el mismo Dionisio que fué obispo de Paris, ó si fueron dos Dionisios; y sostiene que no fué mas que uno; al efecto aduce que las cuatro *Vidas* de San Dionisio, escritas por autores griegos, presentan como á uno mismo á San Dionisio obispo de Atenas, y á San Dionisio obispo de Paris; alega ademas varios otros documentos; atribuye á los jansenistas haber sido los autores de la opinion opuesta, y sostiene que las objeciones de estos prueban lo contrario de lo que ellos pretenden, pues prueban que ni los griegos, ni la Iglesia romana se han equivocado en reputar uno mismo al Dionisio de Paris y al de Atenas. «Esperamos, concluye Rohrbacher antes de entrar á hacer una reseña de las obras atribuidas al Santo, esperamos, sin embargo, por el honor de

cer siglo hay muy pocas cosas que merezcan la atencion del lector juicioso, y solo puede seguirse el hilo de la historia en la iglesia de Leon. Hacia la mitad del siglo segundo, envió la Santa Sede á las Galias una tropa ilustre de operarios evangélicos. Iba á su frente San Fotino, discípulo de San Policarpo, á quien sin duda acompañó en el viage que este doctor apostólico hizo á Roma el año 158; y desde Italia pasó á las Galias, estableciéndose en Leon, que ya era entonces una de las mas considerables ciudades. Allí anunció á Jesucristo con mucho fruto, y formó en breve tiempo una iglesia numerosa, de la cual fué el primer obispo. Sus compañeros predicaban al mismo tiempo en Viena, cuya iglesia, fundada por San Crescencio, reclamaba á la sazón con urgencia eficaces auxilios. Los notables progresos que hacia la divina palabra escitaron primeramente la atencion y luego el furor de los idólatras que solo

Paris y de la Francia, se halle algun católico francés, que creyendo de corazon y conociendo á fondo lo que la Iglesia enseña acerca de la naturaleza humana y de la gracia divina, tenga el valor y la ciencia suficiente para examinar esta cuestion de San Dionisio sin otra consideracion que la verdad.» Y dice se espresa así porque en su sentir «la causa fundamental de la antipatia de los jansenistas contra San Dionisio Areopagita y sus obras, es porque acerca de estas materias (la naturaleza humana y la gracia divina), no piensa como ellos, sino como la Iglesia romana.»

Hemos creído conveniente dar estos pormenores, lo 1.º para que de ellos tengan conocimiento nuestros lectores; lo 2.º porque ya que en la nota de la página 101 espusimos el parecer del P. Florez y otros autores que sostienen no ser uno mismo el Dionisio de Paris y el de Atenas, constase tambien el sentir de los que opinan de diverso modo, en prueba de nuestra imparcialidad; lo 3.º y último para hacer resaltar mas la estraña conducta que con nosotros los españoles suelen observar los estraños. El mismo Rohrbacher que se esplica del modo que han visto nuestros lectores, nada ha creído deber decir acerca de la venida de Santiago á España, y eso que está apoyada en monumentos tan averiguados y constantes, y que no podia ignorar que la peregrinacion compostelana es una de las mas célebres. No queremos nosotros imitar esa conducta, y por eso hemos creído oportuno presentar en esta nota cuál es el sentir de Rohrbacher acerca de la primera predicacion del cristianismo en las Galias. (N. del E.)

esperaban una coyuntura favorable para perseguir á los fieles, y la consiguieron con motivo de los juegos que se celebraban en Leon cada cinco años.

Comenzaron por hacer odiosos á los cristianos imputándoles los crímenes mas execrables (1); y en consecuencia de esto se les prohibió la entrada en los edificios públicos, y aun en las casas particulares, como no fuesen las suyas. Sangrientos ultrajes acompañaron á estas vejaciones, pues por todas partes insultaban á los fieles dándoles golpes con brutalidad grosera, y robándoles sus bienes. Mas como ellos solo oponian la dulzura y la paciencia, sus enemigos se cansaron de provocar á unas gentes que no se defendian, y juzgaron poder satisfacer mejor su malignidad acusándolos ante los tribunales. Confesaron valerosamente su Religion los que fueron interrogados, y se les encerró en estrechas prisiones hasta la llegada del presidente de la provincia, que se hallaba ausente. Luego que llegó y se los presentaron, por sola la sospecha de los crímenes que se les atribuian mandó se les atormentase.

Trató de defenderlos un jóven cristiano llamado Epagato, lleno de fervor y sabiduria; pero la multitud que rodeaba el tribunal dió furiosos gritos y el presidente le preguntó si era tambien cristiano. No vaciló en confesarlo con la mayor intrepidez, y se le condenó con los demas confesores dándole como por ignominia el titulo de abogado de los cristianos. No faltaron, sin embargo, algunos hermanos imperfectos y tímidos, que con su caída escandalizaron y afligieron en extremo á aquella santa cohorte; pero esta pérdida la recompensaron con usura los nuevos atletas que cada dia se alistaban para la pelea.

(1) Epit. Martyr. Vienens. et Lugd.; Euseb. lib. 4 hist.

El furor del pueblo y del magistrado descargó con mas rabia contra el diácono Santos, el neófito Maturo, Atalo, y una jóven esclava llamada Blandina. Los fieles temian la caída de esta muger, dotada en sumo grado de los dones de la naturaleza y de unos sentimientos muy superiores á su condicion. Su señora, que era del número de los mártires y conocia las pocas fuerzas y delicada complexion de Blandina, parecia haberse olvidado de sí misma por atender solo á la perseverancia de su esclava. Mas esta generosa doncella admiró á todo el mundo y agotó las fuerzas de sus verdugos, que se relevaban para atormentarla desde la mañana hasta la tarde. Pretendian arrancar de su boca alguna declaracion que infamase las costumbres de los fieles; pero de sus labios no salieron mas palabras que *soy cristiana, y entre nosotras no se comete ningun crimen.*

Igual constancia manifestó el diácono Santos. No quiso declarar su nombre, ni su estado, ni su patria; y á todas las diferentes preguntas que se le hacian no respondia mas palabra que *yo soy cristiano.* Su fortaleza irritó al presidente y á los verdugos; y despues de haberle hecho sufrir todas las torturas ordinarias, aplicaron á las partes mas sensibles de su cuerpo planchas de cobre encendidas; pero el santo mártir sentia abrasarse su carne sin hacer el menor movimiento ni dar la mas leve muestra de dolor. Los verdugos apuraron sus fuerzas, y le dejaron cuando ya su cuerpo no era mas que una sola llaga; sin embargo, viendo algunos dias despues los infieles que la inflamacion de las llagas le causaba los mas crueles dolores, le condenaron á nuevas torturas, con la esperanza de que al fin quedaria vencido, ó que á lo menos su tan dolorosa muerte intimidaria á sus compañeros. Mas por un patente milagro de la divina Omnipotencia, estos nuevos tormen-

tos sirvieron de remedio á los primeros, y su cuerpo quedó enteramente sano. A vista de esto emplearon su crueldad en otros mas fáciles de vencer.

Entre los que habian renunciado la fé, habia una muger llamada Biblis, y creian que los dolores del tormento la obligarian á acusar á los fieles de los crímenes de que se les queria hacer cómplices; pero estos dolores sirvieron por el contrario para recordarla las penas eternas, y exclamó: *¿cómo es posible que los cristianos devoren á sus propios hijos, cuando el grande horror que tienen á toda crueldad no les permite comer la sangre de los animales?* Y habiendo afirmado despues que solo el temor habia causado su caída, y que de allí adelante no cesaria nunca de confesarse cristiana, fué agregada á los otros mártires, y todos fueron arrojados en un tan espantoso calabozo, que por sí solo igualaba á todo cuanto habian padecido hasta entonces, porque perecieron en él los que con las torturas no estaban ya curtidos á los sufrimientos.

Prendieron entretanto al santo obispo Fotino, que tenia mas de ochenta años y se hallaba enfermo. Era tan grande su debilidad, que fué necesario conducirle en brazos al tribunal. El presidente le preguntó quién era el Dios de los cristianos, y le respondió el venerable viejo: *si sois digno, ya lo conoceréis.* Llenáronle inhumanamente de injurias y de golpes, sacándole medio muerto de las manos de aquellos furiosos, lo condujeron á la prision, donde espiró á los dos dias.

Fueron condenados á las fieras Maturo, Santos, Atalo y Blandina, y para esto se ofreció espresamente al público un espectáculo, sirviendo los dos primeros de diversion á los espectadores por espacio de un dia entero. Hicieronlos sufrir sucesivamente todo género de torturas, los azotaron con varas, y los espusieron despues á

las fieras; pero como estas se mostraron poco furiosas, fueron abandonados al populacho feroz que los obligó á sentarse en una silla de hierro hecha aseua, y á pasar por todos los juegos bárbaros que inventaba su caprichosa crueldad; mas viendo despues de esto que todavia respiraban, los degollaron en el anfiteatro. Colgaron á Blandina en un palo, y la espusieron asi á la voracidad de las fieras; pero como ninguna de ellas la hubiese dañado, la reservaron para otro dia. Al tiempo que Atalo iba á padecer su suplicio, supo el presidente era ciudadano romano, por lo cual le mandó volver á la prision, y escribió á Marco Aurelio acerca del destino de estos confesores, pintando las cosas del modo que juzgó mas á propósito para sus fines.

Aprovecháronse de este intervalo los santos prisioneros para convertir á los apóstatas, y lo consiguieron de casi todos. Pero no se concretó á esto su celo, sino que escribieron á los cristianos de Asia, de donde muchos de ellos eran originarios, para inspirarles el sumo horror que los fieles de las Galias tenian á la heregia del hipócrito Montano que en aquella region hacia considerables estragos. Escribieron tambien al Papa San Eleuterio para moverle mas eficazmente á que pacificase las provincias Asiáticas. Fué portador de estas cartas el presbítero Ireneo, que ya se habia adquirido el mayor crédito.

Recibió entretanto el gobernador ó presidente la contestacion del emperador acerca de los presos por causa de Religion, en la que le mandaba poner en libertad á los que renunciasen la fé, é hiciese morir á los que persistiesen en confesarla. A consecuencia de esto interrogó nuevamente á los acusados, y habiéndose mantenido constantes pronunció contra ellos la sentencia. A unos, como ciudadanos romanos, los condenó á cortarles la cabeza,